

## El Hombre que venció la Ley de Gravedad

Esta es una historia real, que me pasó en un pueblo de esos grandes, de más de diez mil habitantes que tenemos en España, fue hace dos años a mediados del mes de Mayo. Ahora que ha pasado tiempo y veo los hechos con más claridad, me doy cuenta que pudo haber sucedido en cualquier comarca de España y también, las cosas como son, en cualquier otra parte de nuestro mundo.

Como he dicho, estaba de vacaciones y seguía un itinerario, me había alojado en un pequeño Hotel con vistas a un valle muy verde. Como llegué casi de noche, cené en el mismo establecimiento y luego decidí irme a dormir.

A la mañana siguiente un rayo de Sol entraba por medio de las dos cortinas de la ventana de mi habitación, era brillante y -si me permiten la expresión-, energetizante. Me dispuse a ir por ahí a ver un lugar tan bello, a juzgar por lo que decía la guía turística.

Le pedí al recepcionista un plano e información sobre los lugares dignos de visitar. Con todo ello en el bolsillo de la camisa y una cazadora para el relente diurno, me fui a disfrutar.

Era un día magnífico, no había nubes y el cielo se veía muy azul, también me llegaban olores y ruidos que me parecieron amables.

Calle arriba, calle abajo, llegué a un ensanchamiento donde había un Museo, en el que entré. A la salida me encontraba algo cansado por lo que me senté en un banco que había allí mismo. Fue entonces cuando lo vi, al principio me sobresalté, luego, pensé si sería un globo alargado, para darme cuenta al poco, que era un señor, arriba, frente a mi y flotando en el aire. Estaría a unos veinte metros sobre el suelo. Sin darme cuenta me levanté y fui andando hacia él, como si deseara confirmar lo que mis ojos estaban ya haciendo. No había dudas, era un señor de mediana edad que flotaba sin dificultad. Entonces pasó un hombre por mi lado y no pude por menos que hacerle una señal con la cabeza, preguntándole si lo había visto. Aquel señor me respondió ¿que si había visto qué?. Yo le respondí, aquel señor flotando y le señalé con todo el brazo extendido. Esta persona miró, pero no hacia donde yo le indicaba sino en otra dirección. Volví a señalar con más ímpetu diciéndole -ahí, ahí-, varias veces, pero aquel señor miraba a todos los lugares menos al que yo señalaba, a tal punto que, casi estuve tentado de señalar a otro lugar para ver si así miraba donde yo le estaba indicando. A todo esto el hombre que flotaba desapareció.

Con aquella impresión, fui andando sin rumbo hasta acabar en un bello mirador que daba al valle fértil de tonos verdes muy variados. Mientras miraba el bello panorama, casi con intención de

sacarme de la cabeza lo que empezaba a creer fue una ilusión óptica, fui percatándome de una sombra alargada, era muy grande y tenía forma humana. Miré hacia el cielo y allí estaba el hombre aquel, flotando, a poca más de diez metros sobre mi cabeza, entonces pude verle bien, tenía el rostro sereno y su mirada era profunda, como si viera más y comprendiese en igual modo. No le costaba esfuerzo mantenerse en su verticalidad. Giró sobre si mismo y se fue alejando hacia el interior de aquella pequeña ciudad.

Todo aquello era inaudito, no se oían gritos de sorpresa, por allí había mucha gente y nadie le veía. No pude aguantar más la incertidumbre y entré en una tienda de souvenir, compré algo que no necesitaba y le pregunté a la señora que me atendió, pero me respondió que nunca había oído ni visto que un señor flotase y menos allí, de lo contrario ya lo habría visto alguien. No me dio satisfacción su respuesta y entre en un bar a tomar un aperitivo y allí volví a preguntar lo mismo y obtuve la misma respuesta. Cuando salí algo en mi inconsciente me decía que en aquel lugar sucedía algo extraño, no ya con el fenómeno del hombre anti gravedad, sino con la gente del lugar, no obstante, aún esa información no llegaba a mi consciente.

Deambulando por ahí, me di cuenta que no prestaba atención a esos lugares con encanto, toda mi mente estaba sumida en tan extraño suceso. No sé cuanto tiempo estuve caminando ni tampoco la de veces que tropecé por ir mirando hacia arriba, el caso, es que me encontré a las afueras frente a una casa con jardín, donde una niña llamaba a su gatito que se había encaramado a lo alto de un pino y no parecía conocer la mejor manera de bajar. Todo esto que vi fue como una escena tomada desde una cámara de video. Al fondo la casa, en una de las ventanas la madre viendo a su hija y al gato, entonces, aquella sombra alargada tocó el suelo, miré hacia el cielo y allí estaba el hombre aquel, que tomó con delicadeza al gatito y lo bajó hasta ponerlo en las manos de la niña, luego volvió a ascender. A todo esto la niña que tendría cinco años dio las gracias al señor y satisfecha con su mascota fue hacia la ventana diciendo a su madre que el señor que vuela le había bajado a Michi. La madre no le respondió, se metió en casa para continuar con sus trabajos.

Esta vez me di prisa y seguí al señor que flotaba, de hecho, le hice señas, quería hablar con él, entender lo que allí estaba pasando, pero, cuando se flota se puede ir sin tener que dar rodeos por lo que al poco había perdido su pista, claro que esta vez, volví a verlo en dirección a un parque.

De nuevo se produjo aquella anomalía, una pareja de enamorados tendidos sobre el césped se arrullaban, en un momento exacto la chica estaba cara hacia el cielo y tenía allí, claramente visible al hombre que flotaba y no hizo ningún ademán de sorpresa o peor aún, como si no lo viera continuó en sus amorosos abrazos.

A gran velocidad desapareció el señor aquel, como si tuviera algo importante que hacer y ya no

volví a verlo en lo que quedó de día. Sólo recuerdo que al regresar al Hotel y preguntar al recepcionista, obtuve la misma respuesta, no habían oído hablar de nadie que flotara. Yo sabía que no era posible, ya que la niña del gato lo vio y también se aclaró mi mente y me di cuenta que ninguna de aquellas personas a las que pregunté me miraron como se suele hacer con los locos, eso era señal de que aquella gente tenía interés en que no querían reconocer al hombre anti gravedad.

Amanecía un nuevo día tan espléndido como el anterior, la luz era gratificante y los aromas también. Desayuné en el Hotel y luego salí en busca de información, si eso era posible, sobre el misterioso hombre que desafiaba la Ley de la Gravedad.

No habría andado media hora cuando volví a verle, allá en lo alto cercano a una plazoleta. Cuando llegué aún permanecía allí, era el momento en el que los niños entraban al colegio. Varios de estos pequeños miraron hacia el señor en lo alto, pero, antes de que pudieran alarmar a otros, el profesor, les dio un cachete y les aconsejó que mirasen los escalones, no fueran a tropezar.

En un momento el hombre liviano me miró, me sonrió y marchó, yo le seguí haciéndole señas para que bajase y poder hablar con él. Llegué a un parque que era donde se había detenido el hombre etéreo, justo encima de unos jubilados jugando a la petanca. Le tocaba tirar a uno de ellos y el Sol le daba de frente, pidió una gafa para el sol pero ninguno tenía, se hizo sombra con una mano y comprendió que esto le dificultaba precisión en el tiro, en ese momento el hombre liviano se puso de tal manera que su sombra tapaba el Sol, facilitando así la tirada del jubilado, luego se marchó de allí. Tan inaudito como el hombre etéreo eran aquellas personas que procuraban ignorarle.

De nuevo, en el parque un niño vio al señor en lo alto y lo señaló con el dedo. En esos momentos sentí tristeza, no me gustaba la reacción de aquellas personas, no me parecía la adecuada, ni tampoco me encajaba que el hombre aquel les hubiera hecho algún mal pues, tal y como son los seres humanos, cuando alguien les hace daño, no lo ocultan.

De nuevo había perdido de vista a este ser excepcional. Anduve de un lado para otro durante más de una hora, hasta que a lo lejos, volví a verlo suspendido en el aire en posición vertical, como estaba siempre. Cuando me acerqué vi un colegio mayor del que salía en esos momentos un profesor, al menos eso deduje por sus andares y cartera, le seguía un grupo de jóvenes y en ese momento vi perfectamente al docente mirar en dirección al hombre flotante, bajó la vista y dirigiéndose a sus alumnos les dijo que iba a ponerles un ejercicio sobre la Ley de la Gravedad a la que todos los seres humanos están sujetos.

Ahora el señor que flotaba marchó en otra dirección y a poco más de cien metros se detuvo, estaba frente a un edificio de nueva construcción que desarticulaba la estética del lugar, era la Alcaldía.

Allí a la altura de las ventanas del segundo piso, pero a una distancia que le hacía visible desde cualquier otro piso, de los tres que tenía, fui viendo cómo una a una las persianas que daban a nuestro hombre, se iban bajando. Entonces aquel liviano, con la misma expresión se marchó. Yo lo seguí como pude y fue en aquel momento cuando algo llamó su atención, debió de ser algo acuciante pues se lanzó a toda velocidad. Yo corrí tras él y llegué a tiempo de ver lo siguiente. En el mirador que ya estuve la vez anterior, una niña de unos tres años, jugando se había escurrido debajo de la valla protectora y había caído rodando con la suerte de quedar atascada entre dos salientes, la altura hasta abajo era superior a los cincuenta metros, una caída mortal para cualquiera. La madre agarrada a la valla protectora miraba aterrada a su hija y a su marido que desafiando el peligro empezó a descolgarse por la peligrosa ladera. Nuestro hombre bajó flotando tomó con cuidado a la niña y se la entregó a la madre, mientras el padre subía de nuevo. La niña repetía una y otras vez: *El hombre volador me ha salvado*, pero, su madre mientras le hacía caricias y besaba le repetía, *no hija no, ha sido tu padre quien te ha cogido*. En esos momentos me entraron ganas de vomitar y me fui a mirar hacia otra parte, todo aquello tenía una transcendencia mayor de la que yo pensaba.

Perdí de vista al señor liviano y para quitarme el mal sabor de boca entré en una cafetería y me entretuve allí un rato largo, luego salí de nuevo a la ciudad aquella, que en esos momentos empezaba a disgustarme. Miré hacia arriba muchas veces pero sin resultado, hasta que una sombra tras de mí, me indicó su presencia, allí estaba de nuevo, silencioso, inerte, suspendido en el aire desafiando la Ley terrible de la Gravedad. Se movió y yo le seguí, llegué a una plaza y vi que se había detenido encima mismo del campanario de una Iglesia antigua, por lo menos del siglo XI. En esos momentos oí unos cánticos y por una de las calles en dirección a la Iglesia iba el cura párroco seguido de una agrupación de creyentes con una imagen de Jesús crucificado. Yo me encontraba en una posición perpendicular al hombre liviano y a esta congregación, vi al señor flotar unos cuantos metros hacia adelante, de tal manera que el Sol que tenía a sus espaldas, proyectaba su sombra sobre el suelo a tal punto que al acercarse los feligreses, esta sombra se fue elevando del suelo hasta encajar como una mano en un guante en Jesús crucificado. Fue sólo un instante, pues, al avanzar la sombra pasó por encima de las cabezas de todos aquellos cristianos como si fuera una ilusión, ya que ninguno de ellos elevó la cabeza para ver flotando al Señor.

Con todo esto en mi ánimo perdí las ganas de seguir viendo, me fui al Hotel y sin ganas de comer me eché en la cama y al poco me llegó el sueño. Me vi a mi mismo en el puesto del hombre aquel, desde mi posición podía ver las cabezas de todos los transeúntes y no solo eso, si no que esa mayor altitud me permitía deducir lo que se movía en sus mentes, entender sus pensamientos y emociones. Me sentía a mi mismo liviano, mis pies no tocaban las inmundicias del suelo y nada tiraba de mí

hacia abajo, yo estaba donde debía y ellos lo mismo, entonces lo comprendí, supe por qué reaccionaba la gente de esa manera. En todo momento fue el hombre que flotaba quien lo dirigió todo, fue él quien deseaba que yo viera y comprendiera una realidad muy bien tapada por siglos de hipocresía. Aquello fue para mí como abrir una ventana desde la cual se podía ver la cara oculta del ser humano.

Con mi pequeña maleta en la mano y mientras el recepcionista me hacía la cuenta, me preguntó si me había gustado la ciudad. Le contesté que no y se quedó muy extrañado ya que sin duda, nunca antes se lo habían dicho, no obstante se calló. Según me iba, el recepcionista no pudo contener su intriga y me hizo una simple pregunta, que era la continuidad de la otra ¿por qué?. Le respondí de manera categórica: *Porque este lugar está lleno de gentuza.*

*Adolfo Cabañero*